
AMISTAD

Me encuentro acostado. Mantengo mis ojos cerrados, queriendo retrasar el inevitable momento del encuentro con el mundo de Xillen. Escucho voces. Reconozco la tuya. La voz femenina se clava en mis oídos y cierro los ojos con mayor fuerza. Acabo de reconocer a Xillen. Está viva y, al parecer, se encuentra bien; pero no logro escuchar bien la conversación. Me levanto con lentitud. Bajo los pies al suelo y me siento en el borde de la cama, con las manos apoyadas sobre el cubre lecho. Mantengo la cabeza baja, y fijo la vista en el piso. Todavía no quiero levantarme. Sé que Xillen sabe de mi llegada. Camino hasta la puerta y pongo la mano en el picaporte. ¡Por Dios! Si supieras el tremendo esfuerzo que me cuesta girarlo. Tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para cruzar este último obstáculo e ir a enfrentarme con la realista irrealidad que se encuentra detrás. Enfrentar a Xillen, después de tantos años. Mirar el pueblo y recordar los momentos, caras y lugares en fracción de segundo.

Y lo giro.

Dos rostros conocidos me miran sin sorpresa. Por tu expresión deduzco que no esperabas menos de mí. Sabías que de una u otra manera yo estaría ahí, como había ocurrido en más de una ocasión.

— Bienvenido de nuevo, amigo mío. — Dice Xillen y la mejor de sus sonrisas cruza su hermoso rostro.

— Hola, Xillen.

— Ha llegado el momento para un nuevo enfrentamiento.

— Lo sé.

— Más esta vez, las fuerzas se encuentran equilibradas y mi papel de imparcial persistirá.

— ¿Qué quieres decir con esto? — Pregunto sorprendido y te miro.

— Tan sólo hay dos guardianes enemigos y otro tanto de ustedes. Y este enfrentamiento no es el final. Muchos son los que nos depara el futuro, más este es impenetrable y nadie puede decir lo que nos concede el mañana.

Y entonces me doy cuenta de la expresión de tu cara. Me doy cuenta de todo el dolor que debes sentir. Y tus ojos... Esta expresión tan sólo la vi en el entierro de JJ. Nunca más esa expresión cruzó por tu cara, y ahora...

Ahora, la muerte de tu hermano pesa sobre tu conciencia, igual que otras tantas muertes sobre la mía. Quiero expresar con mi mirada cómo lo siento, por que no soy capaz de decirlo con palabras. Ninguna palabra puede expresar todo el dolor que debes sentir en este momento y ninguna podrá acercarse, aunque sea un poco, a "lo siento, amigo".

Me indicas con un ademán que no tiene importancia. Que estás acostumbrado al sacrificio y a la muerte, pero esa demostración de fortaleza tan sólo muestra la débil realidad que se esconde debajo...

I

¿Quién en su sano juicio, realizaría las proezas que ella y yo logramos?

Nadie.

Sólo nosotros dos nos enfrentamos a varios ejércitos en distintas batallas. Mi cuerpo, lleno de cicatrices, unas internas y otras externas, se había fortalecido. Mis músculos empuñaban ahora una espada, con una sola mano, sin ningún esfuerzo. Ella, al contrario, no cambió ni un ápice. Seguía siendo femenina, las quemaduras de su brazo desaparecieron como por arte de magia, sin dejar siquiera una mancha que asemejase una cicatriz.

A pesar de correr como locos durante dos días al frente de nuestro ejército, persiguiendo al derrotado ejército romano, con nuestras huestes galas, no sentimos cansancio hasta derrotarlos por completo y, en una sangrienta fiesta bárbara, cegados por la ira, el olor acre de la sangre y rodeados de muerte por doquier, clavamos la cabeza del César en una estaca, en medio de nuestro pueblo y bailamos alrededor, regocijándonos cuando alguna gota de sangre de su destrozado cuello caía sobre nuestras cabezas.

Sinceramente, me aterro al pensar lo loco que me encontraba. Sediento de sangre, buscando a Heitter entre los cuerpos destrozados en el campo de batalla, esperanzado que tal vez en esta ocasión, quizás ahora, lo encontraría tendido en medio de un charco de sangre, mezclado con orina por su propio miedo. Lo buscaba desesperado, por que de alguna manera intuía que él era el jefe de todos ellos, y con su muerte, la paz volvería a mi corazón y tal vez regresaría a mi vida normal en la tierra.

Pero, ¿era una vida normal la que me esperaba?

Había madurado entre matanzas. Matando para sobrevivir. Sintíendome vivo cada vez que mi espada atravesaba con un quejido desgarrador un cuerpo y danzando una victoria salvaje a los pies del caído.

No.

Mi vida jamás volvería a ser igual. Cuando jugábamos Dungeons, nunca imaginamos el horror de una lucha a muerte.

Nunca...

Hacia mucho tiempo que dejé de pensar en mis amigos. Mientras que ellos todavía se encontraban atrapados en el dolor, esperando el entierro de JJ, para mí pasaron años. Décadas debatiéndome entre la muerte, para no terminar como nuestro caído amigo y tratando de evitar, a toda costa, un nuevo sacrificio de Miguel, pues de lo que estaba seguro, era de que agobiado por el dolor y la culpa, era capaz de enfrentarse él sólo a un ejército entero sin ninguna preparación.

Si algo aprendí en estos años, es que nada se realiza sin una táctica, sin una preparación adecuada, sopesando la fuerza del enemigo y pensando en las debilidades, tanto tuyas como las de ellos. Ya había perdido la noción del tiempo. Tan sólo sabía que cuando salía el sol, era un nuevo día de muerte, de llamas y humo que ocultaban el sol y el grito desgarrador de la tierra despertaba una

angustia tal, que provocaba colgarse del árbol más cercano. Y cuando llegaba la noche, dormía con un ojo abierto, porque no sabía en que momento me iban atacar. No sabía si ese crujido furioso de una rama, era el viento que la derribaba, o era una trampa mortal que estaban montando nuestros enemigos.

Pero teníamos que estar preparados para todo.

No podía darme el lujo de perder una patrulla, porque su centurión se quedó dormido y no distribuyó bien la guardia. Tenía que pasar revista cada dos horas, personalmente, porque aprendí a desconfiar de los que me rodeaban. Incluso, un día dudé de las capacidades de Xillen, hasta que ella me salvó de una muerte segura a manos de un legionario enfurecido.

Xillen se convirtió en mi ángel de la guarda, desde que había llegado a aquel paraíso llamado infierno. Desde que había entrado en esa luz, me quemaba entre sus llamas y mi espíritu se convirtió en carbón. De no ser por Xillen, por su amable sonrisa, por su porte digno y su efectiva manera de calcular el tiempo en que deberíamos atacar, cómo debía comportarme, frenándome cuando gritaba a algún soldado sin motivo; ese carbón se convertir en piedra y, ¿quién sabe? tal vez terminaría muerto por mis propias tropas.

...Pero ellos me querían...

El tiempo transcurría velozmente y ninguno de nosotros envejecía. Aprendíamos más de las batallas, hablábamos un sinfín de idiomas, nuestros cuerpos se desarrollaban al estilo de Conan, pero también lo hacían las armas de ataque. Presentía que en algún momento, nuestras espadas de bronce serían reemplazadas por el acero. Después, pelearíamos utilizando arcabuces, mosquetes y cañones, porque el hombre es un animal gregario; e inventa las cosas para su propia destrucción, quizás para evitar ese gregarismo. Y rezaba todas las noches, pidiendo a Dios, pidiendo a todos los dioses existentes y por existir, que todo esto acabase antes de la época de Einstein. No quería llegar más allá de mil novecientos cuarenta y cuatro, porque en ese momento no habría ganadores ni vencedores. Tan sólo dejaríamos de existir, envueltos en una luz blanca, transparente, que con su calor consumiría tanto justos como pecadores y el Universo terminaría tanto aquí, como en la Tierra.

Xillen me explicó que, aunque nuestras batallas transcurrían durante las épocas importantes de nuestra historia, el hecho de que venciéramos en ofensivas que se habían perdido, no repercutirían en la tierra. Más la eliminación de las almas de este mundo sí, porque al morir el hombre o cualquier otro ser de cualquier planeta, no tendría a donde ir.

Tal vez por eso, envuelto en una ciega furia contra mis enemigos, los quería exterminar antes de que llegáramos a la era atómica, porque había aprendido a conocer a Heitter. Sabía como pensaba y presentía que él lo haría todo para lograr sus metas. Inclusive su propia destrucción. No sé si Heitter estaba loco. Sé que era metódico y todo lo que él hacía tenía un plan, una organización. Incluso, convirtió sus derrotas en victorias y en la batalla entre Cesar y Pompeyo, casi nos destroza. No puedo negar que cabalgar al lado de ese estratega militar, después de haberlo matado y bailado al lado de una fogata frente a su cabeza, me daba

escalofríos. Pero tengo que reconocer, que de no ser por él, tal vez estaríamos muertos, porque él logró lo que no se nos ocurrió ni a Xillen ni a mí. Julio Cesar logró sacarle el jugo a la derrota y, convirtiendo la retirada en avanzada, se internó en tierra enemiga destrozando todo a su paso y luego, dando media vuelta, pulverizó los ejércitos de Pompeyo. Nosotros tan sólo fuimos sus oficiales Fantasmas de un pasado que él no sabría reconocer. Más, cabalgando a su lado, aprendimos mucho de la estrategia militar, y las lecciones que él nos impartía antes de cualquier movimiento, nos salvaron el pellejo en más de una ocasión, después de nuestra partida de esa época.

Pero llegó el momento de detenerme. Estaba harto de tanta sangre y, aunque ya no tenía que correr a vomitar después de cada batalla, viendo desfilar delante de mis ojos rojos los rostros de todos los que había asesinado, y los que intentaron asesinarme; quería descansar. Además, se acercaba el momento del entierro de JJ. Tenía que regresar a verlo, aunque no sabía si reconocería a mis amigos, después de tantos años. Físicamente, por supuesto; mentalmente, se encontraban años luz de mí. Con estos años me convertí en huraño. Una persona a la que le era indiferente matar o morir, una persona que sólo esperaba el día en que acabase todo, de una manera o de otra.

Entré en la habitación de Xillen, sin tocar. Me acostumbré hacerlo, pues de alguna manera sabía que siempre la encontraría vestida y lista para escucharme. Al principio tenía cierto pudor y tocaba cada vez que entraba, esperando escuchar pasos apresurados, buscando una tela con que cubrir su cuerpo, pero con desagrado descubrí que ella no tenía la necesidad de bañarse. Al fin y al cabo, ella era más antigua que el polvo y su presencia pasaba inadvertida para ella, tanto como para mí era verla siempre limpia y aseada.

— Hola. — Dije y me senté sin pedir permiso. Nos conocíamos tan bien, que no había necesidad de ello.

— Así que por fin has decidido regresar, amigo mío. Eso es bueno.

— Sí. Si he calculado bien, llegaré al mediodía del entierro. — La miré con cierta tristeza. — Estoy asustado. No sé cómo reaccionarán cuando les cuente que estuve aquí tanto tiempo.

— Si tu corazón está limpio y puro, y tienes la conciencia tranquila, no habrá motivo alguno para que te arrepientas o sientas miedo. En este momento te encuentras en una encrucijada. Porque ahora tendrás que superarte más de lo que alguna vez lo hicieras.

— ¿Qué quieres decir con esto, Xillen?

— Tu mente ha madurado, mientras que tu cuerpo no. Cuando regreses, encontrarás ilógicas algunas cosas que puedan realizar tus compañeros. Tal vez, hasta puedes llegar a repudiar ciertas acciones que ellos tomen.

La miré con extrañeza. Como siempre, no entendía ni una palabra de lo que hablaba. Pero sabía que todo lo que ella decía, tendría sentido para mí, tarde o temprano.

— Recuerda que tienes la mente de un hombre que se acerca a sus cincuenta años, amigo mío. — Continuó ella, al ver la expresión de mi cara. — Mientras que ellos todavía se encuentran al principio de sus dos decenas.

La miré con cierta tristeza. Me levanté y comencé a caminar alrededor de la mesa. Me acostumbré a ese ejercicio, me ayudaba a pensar. Le daba interminables vueltas a una habitación, como un león enjaulado, hasta que alguna idea se formaba en mi cabeza. Ella, acostumbrada ya a mi modo de ser, esperó pacientemente a que terminara de pensar.

— Es cierto lo que dices, Xillen. Sin embargo tengo que regresar. Tal vez esta sea mi prueba final. — Me detuve y la encaré. — Por lo menos, tengo que ir al entierro de JJ. De no ser por él, tal vez no tendríamos esta conversación. Tal vez todo lo que conocemos y amamos estaría pudriéndose en este momento en las manos ponzoñosas de Heitter.

— Tal vez... — Ella sonrió y junto las palmas. — O tal vez todo esto ya habría tenido un fin más benigno que el que estás imaginando, amigo mío.

— Pero este no es el hecho. Es mi obligación regresar aunque sea para despedirme, porque de lo que estoy seguro, es que cuando regrese de nuevo acá, no volveré hasta que no termine todo... De una o de otra manera.

— No puedo retenerte, pero sí aconsejarte. — Me miró con cierta comprensión. — No vayas a desesperar cuando te encuentres en una situación, en la cual tu ideal se encuentre comprometido frente a tus compañeros. Ya que ahora tus ideas difieren en mucho de las que habían sido al principio. Y aunque el fin no ha cambiado, si lo han hecho los medios. Por esto es que te digo, que para tus compañeros va a ser difícil comprenderte.

— De hecho, me es difícil comprenderte a ti ahora, Xillen. — La miré divertido y me senté. — De lo que estoy seguro, es que lo que dices se cumplirá, aunque no tengo ni la más remota idea de lo que me hablas.

— No es la mía función el enseñarte a comportarte, comprender y vivir. Tan sólo puedo enseñarte la mejor manera de realizarlo o prevenirte si es necesario. El camino que elijas depende de ti, amigo mío.

El silencio fue mi respuesta. Ella tenía razón. Nunca impuso su deseo, ni siquiera en una situación desesperada, cuando yo estaba a punto de derrumbarme y mandar todo el Universo al diablo, ella únicamente me señalaba las opciones para hundirme más o salir airoso; el resto dependía de mí. Ella era una verdadera amiga. Te escuchaba, te daba una solución, servía de hombro para llorar y te consolaba cuando nadie más se atrevía hacerlo. Siempre se encontraba al mi lado, cuando la necesitaba y también cuando no. En ese momento me di cuenta de todo el amor que sentía por ese ser. Por esa forma desconocida, escondida bajo un disfraz de bellísima mujer, conteniendo todo el conocimiento del Universo, más vieja que el polvo y velando por el bien común desde el principio de los tiempos. Me encontré mirando ese rostro hermoso, eterno; alumbrado por la lámpara de aceite, con sus rasgos saliendo y ocultándose en las sombras; sorprendido por la serenidad, comprensión y profundo amor más allá de todo alcance posible, que emanaba de ella.

— ¿Alguna vez podré ver cómo eres en realidad? — Pregunté, para mi propia sorpresa. Tan absorto estaba en mis pensamientos que los expuse en voz alta. La miré azorado.

— Cuando el momento sea propicio y sea necesario lo que pides, se hará. Más no puedo asegurarte que lo que veas, sea de tu agrado, si es que puedas percibir mi verdadero ser en el momento que yo te lo descubra.

— ¿Así eres de espectacular? — Encontré lo dicho increíble. — ¿Nubes, estelas de gloria, trompetas y todo eso?

— No, pero eso depende de tu propia realidad. Tu realidad te hace verme tal y como lo haces ahora y, cuando yo me presente ante ti en mi verdadera forma, tu realidad se encargará de mostrarme como lo has descrito hace un momento u, omitiendo esa realidad, podrás ver mi realidad como en verdad es.

Me quedé con la boca abierta. Si antes no entendí lo que me decía, ahora quede totalmente perplejo y confundido. Traté de responder con algo, pero no encontré ni una palabra para replicar. Entonces, levanté el vaso y le indiqué en silencio un brindis. Ella lo aceptó y tomamos un trago de amargo vino.

II

Era extraño. Me encontraba de nuevo en mi ciudad. Caminaba entre la gente. Todo parecía normal, más no era así. Acostumbrado como me encontraba a vivir en un bosque, dormir en el piso y considerar a toda persona como un posible enemigo, ahora estaba de vuelta y no podía tranquilizarme. Cada peatón, cada vendedor ambulante me parecía un enemigo. Los bocinazos de los autos me hacían respingar y apoyarme contra una pared, mirando con ojos salvajes alrededor. En todo ese tiempo, había olvidado lo que es el olor de la gasolina, la contaminación, el griterío de la gente y su indiferencia a lo que ocurre alrededor. Ahora añoraba desesperadamente el mundo de Xillen. La guerra me parecía más tranquila que el mundo que me rodeaba. Por lo menos ahí yo sabía quién era amigo y quién no. Aquí, la gente tenía su rostro cubierto por una máscara. Muy pocos mostraban como eran en realidad y la desconfianza se respiraba con cada paso, mezclada con el dióxido de carbono. Pero yo estaba aquí no para analizar el estado del mundo, sino para evitar que se hundiera cada vez más y más entre sus propios avances tecnológicos, destinados para ayudar al hombre, pero que en realidad no hacían más que esclavizarlo con cada invento.

Así que, repuesto de la primera impresión y la oleada de recuerdos, me dirigí a la casa de JJ. Por lo menos en ese lugar, rodeado de dolor, me sentiría más o menos cómodo. Sé que suena cruel, pero acostumbrado a la guerra y a las inevitables bajas, sabía que mi corazón se sentiría más tranquilo. A medida que me acercaba a la casa, trataba de imaginar el reencuentro con mis amigos. Para ellos nos vimos ayer, pero para mí pasaron muchos años. Llegué a la dirección y me senté en la acera. El entierro se llevaría a cabo en la iglesia del barrio y sabía que todos se encontraban o iban en camino.

Miraba la casa y tras esas paredes volaba mi alma, rememorando los momentos que pasé ahí con JJ. Los estudios para un parcial o un examen. Las interminables horas que nos tomaba hacerle entender algo. Las fiestas en las que participamos juntos. Y, a medida que miraba, mi corazón se llenaba con más y más odio hacia Heitter. Si él no nos hubiera traicionado, nuestra vida no se vería afectada por decisiones tan profundas y dolorosas. La vida de JJ no se perdería y no habría ninguna necesidad de mi reclutamiento en el mundo de Xillen, por todo ese tiempo. Maldije a Heitter en silencio, mientras mis ojos consumían la pared de la casa de JJ. Y teniendo ese muro, compuesto de ladrillo rojo, como un santuario, realicé el juramento de detener a como dé lugar a Heitter. Una ansiedad se apoderó de mi ser e incapaz de controlarla, comencé a caminar a donde mis pies me llevaran. Con cada paso que daba, murmuraba entre dientes mi deseo de eliminar a Heitter de una vez por todas. Lo repetía sin cansancio, hasta que la frase perdió significado y se convirtió en un conjunto de sonidos que no tenían ninguna relación conmigo. Podían ser una canción, una plegaria o una maldición. Pero a la larga, no sabía lo que decía. Tan sólo sabía que estaba relacionado con la venganza. Tenía la mirada fija en el suelo y caminaba con pasos gigantescos, tratando de alcanzar algo que se encontraba fuera de mi alcance, algo que ni

siquiera sabía con claridad lo que era, que no podía describir o percibir. Tan sólo sabía que se encontraba en algún lado, adelante, y trataba de alcanzarlo de cualquier forma.

Caminaba y caminaba, pasaba de largo a peatones sin siquiera levantar la mirada para reconocerlos. Atravesaba carreteras sin importarme que algún conductor pudiese atropellarme y ese sería el fin para todo. Quizás eso era lo que quería. Acabar de una vez por todas con mis problemas y preocupaciones y lanzarme de cabeza a un abismo, en la negrura de la muerte, en su oscuridad; para así ser libre de mis obligaciones y responsabilidades. No tener que responder ante el mundo por una misión que se me encomendó, sin que yo lo supiese hasta que fue muy tarde. Me sentía entre eufórico y asustado. Después de tantos años de matar y ver morir, de vagar entre cadáveres y ríos de sangre, de respirar el humo de los castillos quemados, mezclado con el olor dulce que producían los cadáveres al quemarse; era la primera vez que me encontraba ante la muerte de un amigo querido para mi corazón. Aunque su muerte se produjo hace muchos años para mí, era ahora que asistiría a su entierro y asumiría mentalmente su muerte. Porque ahora comprendía que para reconocer la muerte de un ser querido, no es saber el fin de su existencia, sino estar presente cuando eso ocurre o ver cuando se echan los primeros puñados de tierra sobre el ataúd y sentir que no volverá a estar físicamente contigo. Tal vez, por eso tenía miedo. No sabía si tendría miedo, pesar, dolor o cualquier otra emoción frente al ataúd de JJ. Me asustaba el hecho de no sentir nada.

Pero, ¿era posible?

A mi juicio, sí.

Silencio. Voces apagadas que arrullan el ambiente. Un olor que ninguna pluma es capaz de describir. Y negro. Mucho negro. Un ambiente pesado, donde se reúnen las plegarias, los ruegos, dolor, llanto, lamento, regocijo, envidia, bendición, amor y esperanza.

La iglesia.

Camino entre la gente, tratando de reconocer a mis amigos entre esa multitud y me sorprende. La mayoría de la gente que está en el lugar, ni siquiera se relacionó, en su vida, con JJ. Unos jóvenes, que reconozco, son de la universidad; reunidos en un grupo apartado, mirando con ojos asustados a toda esa gente. Más allá, veo a los padres de JJ, sentados en una butaca, rodeados de un montón de parientes — que puedo asegurar — en ese momento no tenían. Todos con la cara cubierta por una máscara hipócrita de dolor. Cuando en realidad se reunieron para alegrarse del dolor ajeno, de sentirse vivos. De dar gracias que es otro y no ellos, el que yace en un ataúd rodeado de flores. Más en toda esa hipocresía existe dolor verdadero. El dolor de los padres, de hermanos, de verdaderos amigos. De la gente que en ese momento daría todo por estar en ese ataúd, en lugar de JJ, sin siquiera preocuparse de lo que eso representa. Gente que con sus sentimientos más sencillos, demuestra lo que es el verdadero amor, cariño y preocupación por una persona.

Pienso en eso y trato de analizar mis propios sentimientos. Y con pesar veo que es envidia y dolor. Me gustaría estar en ese ataúd, en lugar de JJ. Me gustaría que estuviese vivo y lleno de energía. Que entrase en esa iglesia con su porte militar, blandiendo sus descomunales puños y maldiciendo a Heitter por haber iniciado el juego de las almas. Más detrás de ese sentimiento, se escondía la verdad: quería ocupar su lugar para escapar de esa descomunal obligación que me tenía atado. Que oprimía todo mi ser, que me impedía respirar tranquilamente y dormir con el sueño de un ser humano normal; y no como un animal al que se le da caza.

Dolor, mucho dolor, cuando veo a JJ en el ataúd. Vestido con su mejor traje, los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. No resisto más, lo veo y quiero regresar. Me importa un bledo lo que pase. No quiero que ninguno de mis amigos regrese para acabar como JJ. Si tiene que morir alguien, es preferible que sea yo. Y en ese momento me doy cuenta que estoy llorando. Las mandíbulas apretadas, reduciendo los dientes a polvo, mordiéndome constantemente los labios.

Y lágrimas, silenciosas lágrimas bajan por mi cara y caen en al piso de la iglesia, aportando de esa manera, a ese ambiente religioso, un poco de mi propio ser.

III

Todo transcurrió como en un sueño. No me percaté cuando llegaron Miguel y Andrés. Tan sólo sentí una mano que me apretaba el hombro derecho con fuerza y me atraía. No supe quién era. Meramente me dejé llevar por esa fuerza misteriosa y descargue en llanto todo el dolor que me oprimía el pecho. El dolor por JJ, más todos esos sentimientos reprimidos durante años de matanzas, durante décadas de muerte y decadencia.

Cuando por fin abrí los ojos, vi que era Miguel. Con una mano me sujetaba contra su hombro, permitiéndome desahogarme, mientras la otra se encontraba crispada en un puño. Su mirada, llena de odio inenarrable, se encontraba perdida en el horizonte. La seguí, estupefacto, y muy pronto comprendí lo que ocurría. Al fondo de la iglesia, en un rincón, rodeado de tinieblas, estaba Heitter. Nos miraba, y su cara no reflejaba ninguna emoción. Una seriedad profunda se había apoderado de él. Vestía con elegancia y en sus manos sostenía un ramo de flores. Su corto cabello, peinado con pulcritud. En ese momento, juraría que se mofaba de nosotros, hasta que vi, a medida que se aproximaba, sus ojos. Reflejaban un dolor profundo y real. Se acercó a nosotros y sentí como la mano de Miguel se crispaba sobre mi hombro hasta hacerme daño. Heitter nos saludó con una inclinación de cabeza y, sin decir nada, dejó el ramo a los pies del ataúd. Se inclinó para mirar dentro y su rostro comenzó a cambiar. No sé que emociones sentía en ese momento, pero su rostro era el espejo verdadero de su alma y reflejaba el cariño que había sentido por JJ, y el dolor que le producía la caída de un adversario. La mano de Miguel comenzó a temblar y temí que hiciese una escena. Pero, de algún modo increíble, se controló. En ese momento, Heitter se dio la vuelta y nos encaró. Nos miró uno a uno y después le indicó a Andrés, quien se encontraba atrás, que se acercara.

— Debieron haber ido con él. — Dijo y me señaló con la cabeza.

Todos me miraron, tratando de descubrir el significado de esas palabras. Bajé la cabeza, pero después de unos segundos de silencio encaré a mis amigos y, en pocas frases, expliqué lo que había realizado, pero oculté el verdadero motivo de mi presurosa partida. Ellos escucharon en silencio mi apresurada explicación. No me reprocharon nada, pero tampoco me felicitaron por ello.

— Si hubiesen ido todos, tal vez para este momento todo habría acabado. — Continuó Heitter.

— ¿Y? — Preguntó Miguel con ironía.

— Yo sé que ustedes dos no me entienden. — Dijo Heitter e inmediatamente me aisló con esa frase del resto de la conversación. — Si creen que conocen el dolor, la pena y el odio por lo que ha ocurrido hasta el momento, están equivocados. Ya no creo mucho en lo que dije la última vez que nos encontramos. Más no pienso retroceder del camino tomado. — Buscó algo con la mirada y al no encontrarlo, nos miró con cierta culpa. — Busquemos donde sentarnos para hablar con tranquilidad. — Nos pidió con toda la humildad que se podía permitir.

En silencio, seguimos a Heitter. Salimos de la iglesia y entramos a una cafetería dispuesta al frente de la iglesia. Cada uno pidió una gaseosa y las tomamos en paz, tratando de organizar nuestras ideas y levantar nuestra maltratada moral.

— No estoy aquí como mensajero, ni como cónsul, ni embajador. Vine, porque quiero estar con ustedes por última vez antes de nuestro enfrentamiento final. Quiero recordarlos como mis amigos y no como enemigos que puedan matarme o yo pueda matar en el campo de batalla. Yo los quiero mucho y también quería a JJ. Lamento profundamente su muerte y las circunstancias en las que ocurrieron...

— Puede meterse su lamento en un lugar marrón donde nunca brilla el sol. — Interrumpió quedamente Miguel. — ¿También llevará flores a nuestras tumbas, hijo de puta? — Miguel no levantaba los ojos y sentía que temblaba como una hoja mientras hablaba. — ¡Maldito asesino! Si tuviera una pizca de respeto por nosotros, nos diría, por lo menos, a qué bando pertenecía. Si de verdad quisiera ser nuestro amigo, no nos embaucaría y JJ seguiría vivo.

Heitter escuchó esa réplica con suma atención. Sus ojos se concentraron en la mesa y sus dedos danzaban nerviosamente por su superficie.

— Ustedes no entienden absolutamente nada.

— Sí, lo entendemos. — Entró en la conversación Andrés, quien hasta el momento jugó un papel mudo. — Lo entendemos perfectamente. Y no vamos a permitir que usted o cualquier otro convierta el mundo en una porquería, que es su sueño.

— No. No voy a entrar en una conversación filosófica con ustedes. No llegaríamos a ningún resultado. Lo que es bueno para ustedes, es malo para mí, y viceversa. El concepto que ustedes tienen de "buen mundo", no es mi concepto. Por ello es que estamos en bandos diferentes. — Respiró profundamente y, con un ademán nervioso, se arregló el cabello. — En ese momento cometí un error. Era joven e impulsivo, — ante esa frase, mis amigos miraron estupefactos a Heitter, creyendo que había perdido la chaveta. Más yo sabía lo que quería decir y me concentré en guardar silencio para escuchar cada palabra que él dijese. — No valoré lo que es la verdadera amistad y los traicioné para lograr mis propios objetivos. No voy a pedirles disculpas por ello. No puedo. Pero quiero ser su amigo, porque lo último que uno tiene, aunque se es enemigo, son los verdaderos amigos.

Esta última frase quedó flotando sobre la mesa. Ni Miguel, ni Andrés entendieron lo que Heitter había querido decir. Pero yo sí. Ante mis ojos desfiló la imagen de Xillen. De no ser por ella, me volvería loco, o quizás, me escondería en mi interior, añorando viejos tiempos, viejas caras y amigos, tal y como lo hacía Heitter en este momento.

— Olvídalo, enano. — Dijo Miguel con desprecio. — Ninguno de nosotros es amigo suyo. Ha perdido el derecho a nuestra amistad, en el momento en el que nos traicionó. Para nosotros, usted está muerto.

— ¿Cómo quieres que seamos amigos, Heitter? — Preguntó Andrés. — ¿Crees que si nos encontramos en el campo de batalla, esto te perdonará la vida? O quizás, ¿perdonarás la nuestra?

Mis ojos se clavaron en los de Heitter. Pero la negativa estaba escrita con claridad en ellos.

— Olvídalo, viejo. — Dije. — Sé lo que quieres decir, pero no vas a encontrar tu respuesta aquí. Como ya lo dijiste, nuestros conceptos son diferentes y por más que quieras regresar a lo que has perdido, no lo lograrás. Para ello, tendrá que cambiar tú concepción o la nuestra. De resto, seremos enemigos. Te respeto porque defiendes tus creencias, pero ese respeto no me impedirá eliminarte si te encuentro en la batalla.

— Lo sé. — Me miró y una amarga sonrisa cruzó su rostro. — No lo podía creer, cuando derrotaron al Cesar. Tienes gran potencial, viejo. — Me devolvió la palabra.

— No lo disfruté, si a eso te refieres. — Me armé de valor y solté a bocajarro todo lo que sentía por él, por lo que estaba sucediendo y por la suerte que corrimos. — Después de cada batalla buscaba entre los muertos, tratando de encontrar tu cuerpo destrozado, Heitter. Sé que de alguna manera, eres el principal causante de esto. También sé, que al derrotarte, todo se acabará. Por lo menos, lo que a nuestra generación respecta.

— No sé si soy responsable de algo. Lo único que pesa sobre mi conciencia, es meterlos en esto. Pensé que llevándolos al reclutador, todo sería de acuerdo a mis planes. Pero el desgraciado les dio derecho a escoger, pero a mí... — No terminó la frase y ocultó la cabeza entre las manos.

Andrés y Miguel nos miraban, sin comprender lo que estaba pasando. El primero, con un interés e incredulidad. El otro, con un respeto, odio e incomprensión que se perdían en lo profundo de sus ojos.

— A usted también le dio ese derecho, viejo. ¿Por qué cree que la primera vez que nos encontramos con ese ser, nuestra primera sesión de aleccionamiento, usted se encontraba presente? Recuerde las oportunidades que tuvo para cambiar de idea y de bando, y tomar el camino correcto. La segunda sesión, el bar... Pero usted ya había tomado su decisión y tenía los oídos cerrados para todo. Ahora que hemos crecido, Heitter, tiene otra vez su oportunidad de elegir. Por eso se encuentra aquí. Puede cambiar de bando y unirse a nosotros, para acabar de una vez por todas con estas batallas.

Hablé y esperé que ese pequeño discurso llegase a su cerebro. Rogaba que con el paso de los años, aprendiera a escuchar lo que se le decía y no ser un impulsivo, como lo era décadas atrás. Pero la expresión de su cara me decía que todo lo que había dicho fue en vano. Que Heitter seguía siendo Heitter, a pesar de madurar en plena soledad durante sólo Dios sabe cuanto tiempo.

— Siento que piense así. Tiene razón en algunas cosas, pero está equivocado en otras. — Se levantó y tiró un billete sobre la mesa. — No debí venir. Nos veremos en el más allá, amigos. — Y, saludando al estilo militar, salió.

Quedamos de una pieza. Aturdidos por esa partida inesperada y ese cambio de actitud radical. Andrés y Miguel me miraban, sobrecogidos. Entendieron que algo pasó durante mi estancia en el mundo de Xillen. Algo que se les escapaba. Nos miramos, entre un pesado silencio. Recogí el billete de Heitter y saqué mi propio dinero. Pagué las gaseosas y me dirigí a la iglesia sin decir nada a mis amigos.

Estos me siguieron en silencio. Cuando llegamos al altar, deposité el dinero que Heitter tiró, en la caja de limosnas, y me arrodillé para rezar.

Recé por JJ, por Miguel, por Andrés, por mí mismo y, también por Heitter. Rezaba por que nuestra campaña llegase pronto a un fin. Rezaba para que nosotros regresáramos a nuestros hogares con vida, triunfantes. No me importaba matar a Heitter si la situación así lo requería, pero rezaba para que eso no pasara. Rezaba por este mundo, por sus habitantes. Rezaba a Dios y demás dioses existentes y por existir. Pedía una paz, una paz emocional para nosotros. Una paz terrenal. Una paz que no requería de guerras para ser lograda. Una paz que se defina como algo natural, donde todos podamos vivir tranquilamente, sin tener necesidad de participar en batallas de cualquier tipo.

Recé durante todo el sermón del párroco de la iglesia. Recé cuando levantaron el ataúd y comenzaron a sacarlo, seguido por la multitud y el grito histérico, que desgarraba el alma, de la madre de JJ. Recé mientras lo metían en la carroza fúnebre, para llevarlo al cementerio, donde sería enterrado. Recé, mientras mis compañeros trataban de sacarme de donde quiera que estuviera para que los acompañara al cementerio. Recé cuando dejaron de hacerlo y cuando la iglesia quedó vacía. Tan sólo el mendigo de siempre, se quedó en su sitio a la entrada de la iglesia y, de vez en cuando, cuando veía pasar gente, hacía sonar las monedas que tenía en un vaso de plástico.

¿Cuál era el sentido de desconectarme de lo que ocurría en una plegaría sin fin? No lo sé. Ni siquiera sabía si obtendría respuesta alguna. Si mis rezos harían efecto en alguien y ese alguien decidiera que hacer la paz era más productivo que la guerra. Me levanté con un leve crujido de las articulaciones que quedaron adormecidas durante el tiempo que permanecí de rodillas. Y me quedé sorprendido. Me encontraba solo. No asistí al entierro de JJ. Por algún motivo, esto no me aterró. Simplemente me quedé a rezar, porque de esta manera no sería testigo de cómo enterraban a JJ. No escuché los desgarradores retumbes de la tierra al chocar con el ataúd. De los histéricos gritos de sus familiares.

Para mí, JJ seguiría por siempre vivo en mi corazón.

La noche comenzó a caer, implacable. La oscuridad que se avecinaba, me recordaba que ya era hora de regresar. Era hora de volver a ella, de regresar al mundo de Xillen y llevar a un fin ese enfrentamiento. Se asemejaba a la muerte, que llega despacio, sin que nadie se de cuenta, y cuando por fin la persona implicada la siente, es demasiado tarde: te rodea por completo. La iglesia se sumía parcialmente en esa oscuridad, destrozada en algunos rincones por la lúgubre luz de las veladoras. Esa luz creaba sombras que danzaban, al ritmo de la llama, en las paredes, obligándome a recordar mis propios sueños, mis propias pesadillas.

Mi propia misión.

Salí corriendo de ese lugar, maldiciéndome por mi propia debilidad, sin controlar el terrible miedo que se apoderó de mi mente y cuerpo en ese momento. Corrí a través del aparcamiento, buscando un poco de calor. Un poco de amor y de cariño, un poco de comprensión y, aunque suena patético, de lástima. Cuando

el aire fresco penetró en mis pulmones, disipando poco a poco el pesado ambiente de la iglesia, me detuve. Traté de ver dónde me encontraba. Estaba más allá del aparcamiento. La noche me rodeaba en todo su apogeo. La luna, que antes me había bañado con sus fríos rayos, se ocultaba tras nubes negras que cruzaban el cielo a una velocidad asombrosa. Entonces, dos figuras se dibujaron entre la oscuridad. Dos figuras que caminaban hombro a hombro, con paso firme, y se dirigían directamente hacia mí. A medida que se acercaban, comencé a levantarme despacio. Los había reconocido...

Eran Andrés y Miguel.

IV

El apartamento de Andrés estaba desocupado. Aunque él trasladó los muebles a la casa de sus padres y se había establecido ahí por un tiempo indefinido, todavía no finiquitaba el contrato de alquiler. Estábamos sentados en el piso, formando el mismo círculo, ahora reducido a tres. Ninguno hablaba. Teníamos las miradas perdidas en el aire, cada cual sumido en sus propias cavilaciones acerca de los últimos sucesos. La luz del amanecer comenzó a entrar lentamente por la ventana, alumbrando - primero débilmente, luego con mayor fuerza - nuestros rostros. Andrés me miró con cierto rencor y lanzó la pregunta que esperaba desde nuestro encuentro con Heitter en la iglesia:

— ¿Por qué no nos dijo nada?

Me tomé el tiempo para contestar. Aunque ya tenía preparada la respuesta hace mucho tiempo, no conté con la aparición de Heitter y las reacciones de mis amigos.

— No podía permitir que Heitter tomara la delantera. — Al ver que no me entendían, traté de explicarme. — ¿Recuerdan lo que se nos dijo? El conocimiento es nuestra recompensa. Por lo tanto, el conocimiento es el poder. El poder supremo con el que sueña todo hombre, consciente o inconscientemente. Él adquirió treinta y ocho años de conocimiento. Eso es mucho tiempo. Tengan en cuenta que Heitter, en este momento, es un hombre con la mente de alguien que pasa por mucho los cincuenta años, atrapado en un cuerpo de veinte.

— Entonces, ¿cuál es tú edad? — Miguel lanzó esa pregunta como un desafío. Entendía cómo se sentía. Siempre sintió que él era el líder del grupo, y ahora resultaba que uno de sus subalternos le tomó la delantera en algo.

— La edad es lo de menos, Miguel. Lo importante es lo que tienes en la cabeza. — Respondí con una evasiva, evitando el enfrentamiento.

— Heitter lo sabía, ¿verdad? — Preguntó Andrés y se levantó.

— No lo sé. — Era la verdad, no lo sabía. — Supongo que sí, pero algo salió mal para él. Por eso fue a buscarnos ayer.

— Y, ¿qué clase de conocimiento adquiriste? — Preguntó con ironía Miguel, tratando de obligarme a estallar. Pero me acostumbré, en el mundo de Xillen, a todo tipo de insultos y amenazas antes de que una batalla estallase. No me dejé llevar por su nueva tentativa.

— Antiquo. — Respondí secamente y enseguida abordé el tema que me preocupaba. — Las batallas se llevan a cabo, tal y como lo dijo Xillen, a través de toda nuestra historia. La última batalla en la que participé, fue el enfrentamiento de Pompeyo y Cesar. Pero el ritmo histórico está avanzando muy rápido. Temo que no acabemos con todo esto antes de llegar a la época atómica. — Miguel levantó los ojos y me miró con sorpresa y terror. De súbito entendió lo que encerraba esa pequeña frase. — Si eso ocurre, conociendo a Heitter, acabaríamos muertos todos, sin ningún vencedor. — Terminé, quedamente.

— Eso significa que tenemos que regresar lo más pronto posible. — Andrés se volvió a sentar y nos miró, como buscando la aprobación a su propuesta. Miguel no dijo nada.

— Sí. ¿Recuerdan el cálculo que realicé respecto a la diferencia de tiempo del mundo de Xillen con este? — Al obtener la afirmativa, continué. — Es cierto. Cada segundo que perdemos aquí, es precioso. Heitter ya estará en el mundo de Xillen, mientras nosotros divagamos acá.

— Nada podemos hacer para corregir eso, Enrique. — Dijo Andrés quedamente. — Cálmate, estás muy acelerado. Tienes que entender una cosa, lo que nosotros perdemos, no afecta en nada a Heitter, siempre y cuando ningún guardián se encuentre en ese plano. Tampoco nos afecta a nosotros. Recuerda que somos los últimos y Heitter no puede batallar con alguien que no se encuentra ahí.

— Al contrario, Andrés. — Respondí con pesar. — Recuerda que Xillen está ahí. Ella es un guardián y por lo tanto, Heitter puede enfrentarla sin ningún inconveniente. — Me estremecí ligeramente. Un aire frío recorrió la habitación. — Cuando los dejé en la U, y regresé, Xillen estaba a punto de enfrentarlo sola.

— ¿A Heitter? — La voz de Miguel por fin estaba mostrando algo de emoción.

— A Heitter y sus huestes.

— ¿Los derrotaron?

— Sí, pero a los ejércitos. No hubo bajas entre los guardianes.

— Se nota que les hice falta. — Miguel comenzó a recuperarse y regresó a su estado de superioridad y egocentrismo normal. Se estiró, se arregló el vestido y se levantó. — Creo que hemos discutido bastante este asunto. Tenemos que regresar para acabar de una vez por todas con este problema. Heitter tendrá todo el conocimiento que quiera, pero sigue siendo una cucaracha que no tiene palabra, no sabe qué es la amistad y no tiene una pizca de respeto y decoro por nadie. Tenemos que eliminarlo rápido.

Noté que Miguel por fin entendió la necesidad de actuar en grupo. Dijo que *tenemos*, en lugar de su habitual *tengo*.

— ¿Cada quién para su casa, entonces? — Preguntó Andrés, y por la expresión de sus ojos, adiviné que era lo último que quería.

— Pues sí, — respondió Miguel.

— No hay necesidad. — Intervine, tratando de evitar dañar el ego de Miguel y a la vez ayudar a Andrés. — Hagámoslo aquí mismo. Todos juntos.

— La idea no es mala, Enrique. — Comenzó a contrariarme Miguel. — Pero tienes que tener en cuenta la reacción de nuestros padres. Al fin y al cabo, ninguno fue a su casa esta noche.

— Pero todos avisamos donde nos encontrábamos. — Estaba decidido a enfrentarme a Miguel. No permitiría que por su estúpida necesidad de sentirse superior, arruinara la posibilidad de llegar, por primera vez como un grupo, al mundo de Xillen.

— Avisemos a nuestros padres que vamos al cementerio y luego a una misa, o algo por el estilo. — Intervino Andrés con timidez, pero con firmeza.

Miguel rumió un poco la idea, manteniendo una lucha interna. Pero al fin, viendo que éramos dos contra uno, nos apoyó.